

POLITICA SOCIO-ECONOMICA DEL PARTIDO CONSERVADOR DE NICARAGUA

ARTURO J. CRUZ

El momento histórico señala la hora de efectuar una reforma, que conduzca a una situación menos desventurada para el pueblo de Nicaragua. Estamos claros que una reforma que redima a nuestro pueblo es impostergable. Sin embargo, esa reforma sólo podrá ser justa y operante cuando sea hecha por y para todos los nicaragüenses.

Las dos facetas de nuestro problema socio-económico son, por una parte, producción económica insuficiente y por otra, una injusta distribución de los beneficios de ésta: Las características típicas de un país que se debate en condiciones que están por debajo de la etapa inferior de desarrollo. Para que la cura sea completa esos dos males ya señalados deben ser necesariamente combatidos de manera simultánea. Una plataforma política que sólo contempla el fomento de la producción económica, haciendo caso omiso de la justicia social, peca de injusta. Asimismo, un candidato político que se limite a hablar de justicia social es una de dos cosas: un demagogo o un solemne iluso.

Los problemas de la tenencia de la tierra, de la industria y de los otros medios de producción, planificación e intervención estatal, salarios, tributación fiscal, prestaciones sociales, etc. deben ser analizados y enfocados con espíritu y mentalidad pragmáticas. Los partidos y agrupaciones políticas de hoy, a diferencia de los de ayer, no se limitan a buscar el poder por el poder. El objetivo que persiguen todos es establecer un nuevo orden. La forma de concebir ese "nuevo orden" es la que hace distinguirse a unos de otros. Aquí no hay una lucha real de revolución versus reacción. La verdadera lucha aquí es entre los revolucionarios de la extrema izquierda y los revolucionarios que propugnan por un estado de verdadera democracia. El problema político somocismo-antisomocismo ha pasado a segundo orden. La permanencia de la familia Somoza en el poder durante tres décadas seguidas no es tan grave como la secuela a su prolongado régimen.

Los actuales dirigentes del Partido Conservador, hom-

bres jóvenes, de ideas jóvenes y sentimientos cristianos, profesionales de éxito en sus diferentes carreras, ofrecen el camino más acertado para realizar una reforma nacional.

Detengámonos a analizar algunos planteamientos de los voceros del Partido Conservador:

- a) Servicio Civil, basado en el respeto a la antigüedad y méritos por capacidad de los funcionarios y técnicos de la administración pública. En honor a la verdad en el Ministerio de Economía, en el Instituto de Fomento Nacional, en las Oficinas del Presupuesto, en la Banca Central, en el Banco Nacional de Nicaragua, en muchas otras dependencias de la administración pública y entes autónomos del estado, hay en la actualidad hombres sanos y capaces que desempeñan sus cargos con dignidad y eficiencia. La reforma del Partido Conservador en este particular tiende a la creación de un servicio civil estable.
- b) Política fiscal que tienda a llenar una función social como redistribuidora de la renta, pero que en ningún momento desanime la formación de capitales. Un sistema impositivo que abandone la arcaica escuela que hace del fisco un voraz colector de tributos para llenar las arcas del soberano, y que —por el contrario— pase a ser un instrumento de regularización y estabilización de la economía nacional.
- c) Desarrollo económico impulsado por un programa que facilite la inversión nacional por medio de mayor ayuda crediticia y asistencia técnica estatal. Atracción de la inversión extranjera, teniendo sí en mente una más inteligente y patriótica política de explotación de los recursos naturales.
- d) Un programa de justicia social basado fundamentalmente en las encíclicas papales de León XIII, Pío XI y Juan XXIII.

Nuestras realidades nos muestran recursos inexplorados suficientes para sostener la economía de una población mucho mayor que la actual. En Nicaragua no

cabén reformas extremadas. El fracaso de Cuba nos ofrece un ejemplo elocuente. Por otra parte, hasta políticos de América Latina de tipo extrema izquierda, como Rómulo Betancourt y Víctor Raúl Haya de la Torre, han comprendido que a fin de no sacrificar a una generación infructuosamente, lo que cabe es una reforma mesurada.

Nuestra economía tiene magníficas oportunidades para desarrollarse en beneficio de todos los nicaragüenses. La Alianza para el Progreso, los organismos interamericanos de crédito y de asistencia técnica se nos brindan en el momento oportuno. Hemos dicho que nuestra reforma ha de hacerse dentro de lineamientos pragmáticos si queremos tener éxito. Esa reforma debe ser obra de hombres de empresa y de estadistas que tengan los pies sobre la tierra y un corazón bien puesto. Solamente un sistema de empresa privada con la regulación y planificación estatal indispensable puede subir el standard de vida de nuestro pueblo, sacar de la ignorancia a las clases desfavorecidas y darles vivienda, alimentación y vestuario decentes. Ningún partido político está mejor capacitado, ni más bien intencionado que el Partido Conservador de Nicaragua para realizar esa obra.

Es indudable que cuando en un país de 1 476.650 habitantes, solamente se producen 558.206 pares de zapatos por año, las condiciones de vida dejan mucho que desear. Nuestras estadísticas revelan una situación dolorosa: De 11,911 personas muertas 5.221 no han tenido asistencia médica y la capacidad de nuestros hospitales es de solo 180 camas por cada 10.000 habitantes. Es apenas natural que nuestra juventud al ver el contraste de estas tristes realidades con la exagerada abundancia de que disfrutaban unos pocos sientan que su espíritu de justicia se revele y exija un cambio, que ponga fin a una situación en que tan pocos tienen tanto y tantos nada tienen. Las concesiones del pasado a firmas extranjeras para la explotación de nuestros recursos mineros y madereros excitan el patriotismo de esa misma juventud. Cuando habiendo una distribución del capital y de la renta tan desigual como la que existe en Nicaragua, los impuestos indirectos representan un 77.20% de los ingresos fiscales, es inevitable que un cambio político contemple una reforma fiscal revolucionaria.

Sin embargo, para que la justicia que asiste a las clases desfavorecidas y los ideales de redención de sus líderes puedan realizar una reforma que beneficie al pueblo se tiene que proceder con intenciones sanas, sin odio clasista y —sobre todo— con realismo.

Si se procede con realismo no podrá dejar de comprenderse que la economía tiene, ante todo, que desarrollarse a base de elemento humano capacitado, del cual el

hombre de empresa forma parte valiosísima, lo mismo que únicamente con el aporte de la inversión extranjera podremos desarrollar nuestra economía nacional en forma lo suficientemente acelerada para que nuestra propia generación disfrute de sus beneficios.

Capital y técnica es lo que necesitamos para llevar a cabo un programa que haga posible entre tantas otras cosas que nuestros 109.000.000 de cafetos rindan en la misma proporción que El Salvador y Costa Rica, en vez de los 400.000/500.000 qq. que constituyen nuestra raquí-tica producción; hombres de la empresa privada con experiencia en mercadeo serán siempre necesarios para colocar esa producción en un mercado de excedentes, que día a día se torna más problemático. Para fomentar el aumento de nuestra población ganadera a un nivel que la exportación de carne sea igual al café o el algodón, en nuestra balanza comercial, necesitamos tanto de criadores, como de engordadores de novillos, en gran escala. En fin, el alza en los renglones de nuestra producción agropecuaria (é industrial) es una labor a que la demagogia tiene muy poco que aportar.

El dirigente político con verdadera sensibilidad social está compenetrado de dos cambios que se han producido con las corrientes ideológicas y educación propias de nuestro tiempo:

- a) A los pueblos que saben reclamar sus derechos y defender sus intereses nacionales no hay imperialismo económico que les subyuga. Venezuela recibe una participación de más del sesenta por ciento de la producción bruta del petróleo. Tanto el capitalista norteamericano como el europeo han comprendido que, de ahora en adelante, lo que pueden encontrar en nuestros países es oportunidades de negocio, no de explotación. No somos honrados si pretendemos ignorar ese cambio de actitud.
- b) El capital nacional comprende que ha llegado la hora, y lo acepta, de los derechos del trabajador, de la justicia social. Se juzga injustamente al capital considerándole reaccionario. La verdadera redención de nuestro pueblo se logrará a través de la educación. El Partido Conservador está dando muestras de comprender esa realidad; se ha lanzado a la calle a enseñarle al pueblo sus derechos. Como partido de orden y de seriedad no ha escogido el camino de la demagogia. El Partido Conservador marcha a la cabeza de un movimiento nacional que exige un nuevo orden en que el capital y el trabajo convivan en armonía y hacer con la unión de sus esfuerzos una patria próspera.